



Amor ESCARCHADO

Eva M. Soler Idoia Amo

Lyl
EDITORIAL
Romantic



AMOR ESCARCHADO

Idoia Amo

Eva M. Soler

Primera edición: Abril 2015

© Eva M. Soler 2015

© Idoia Amo 2015

©Editorial LxL, 2015

www.locasporlalectura.com

www.lxleditorial.es

ISBN: 978-84-943832-8-1

Depósito Legal: AL 356-2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447 . Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Capítulo 1

Los Ángeles, California. 20 °C, sol.

«*Sutton. Alaska. ¿Alaska?*»

Alexander Green parpadeó varias veces, esperando que aquellas palabras que estaba leyendo no fueran ciertas. Levantó la vista incrédulo hacia las dos personas que estaban sentadas frente a él, pero los dos agentes del FBI permanecieron imperturbables tras sus oscuras gafas de sol.

Siguió leyendo, cada vez más angustiado.

A 120 kilómetros al noroeste de *Anchorage*, lo único que podía parecerse a una ciudad, en su opinión, medianamente civilizada. ¿Mil habitantes? ¿Seguro que no faltaba ningún cero? Solo en su edificio de apartamentos debía haber esa misma cantidad de gente. Él nunca había tenido problemas de corazón, pero creyó tener una taquicardia cuando vio las temperaturas medias: Entre siete y quince grados bajo cero en invierno, y entre trece y veintiuno en verano. Por supuesto, estaban a finales de noviembre. Su racha de mala suerte no podía cambiar ni siquiera para eso. De pronto, en comparación, quedarse en *Los Ángeles* con una amenaza de muerte sobre él, no le pareció tan malo. Todo había empezado unas semanas atrás. Trabajaba en la clínica de su padre desde que había terminado la universidad, pero por fin parecía que empezaba a salir de debajo de su sombra. Su fama como cirujano estético crecía por momentos, y una famosa actriz le había invitado al estreno de su nueva película. En la fiesta posterior, Álex se había convertido en el centro de atención de casi todas las muje-

res allí presentes, y no sólo por su atractivo. La actriz estaba tan contenta con su operación que todas querían imitarla, y Álex se quedó sin tarjetas de visita en menos de una hora.

Antes de darse cuenta, estaba rodeado de mujeres que intentaban despertar su interés. Y él, que se dejaba querer sin problemas, había acabado en el callejón de detrás del edificio con una rubia recauchutada a la que ni siquiera había preguntado el nombre. Ni le importaba, con aquel cuerpo cincelado a base de bisturí, lo que menos le interesaba a Álex era tener una conversación. Pero cuando la cosa comenzaba a ponerse interesante, de pronto oyeron varios disparos.

La chica, que se había arrodillado para quitarle los pantalones, se incorporó asustada y antes de que Álex pudiera decir nada, había echado a correr a una velocidad inimaginable, dado el tamaño de sus tacones. Él, sin embargo, no pudo seguirla. Con los pantalones por las rodillas se hubiera caído de morros contra el suelo, así que en el tiempo que tardó en colocárselos, una figura entró tambaleándose en el callejón.

Su primer instinto fue regresar a la fiesta, pero su conciencia le hizo dudar... y ese fue su primer error. La figura llegó a su altura, desplomándose a sus pies. Tenía varias heridas en el pecho por las que sangraba abundantemente. Levantó una mano hacia él intentando hablar, y ahí Álex cometió su segundo error: se agachó acercando su cara. De forma entrecortada, el hombre moribundo dijo dos palabras: Arthur Payne. Y murió.

Álex no tenía ni idea de a quién se refería. Sacó su móvil para llamar a la policía, pero se había manchado de sangre y se le resbaló. Cuando consiguió recuperarlo, se encontró con que otro hombre estaba en la entrada del callejón,

apuntándolo con una pistola. Levantó las manos por instinto, asustado al oír cómo amartillaba el arma.

Por suerte, se abrió la puerta que daba a la fiesta y una pareja salió riéndose. Al ver el cuerpo y a Álex con sangre en las manos, la chica se puso a gritar como una histérica, y su pareja no tardó ni dos segundos en avisar a seguridad.

Así que, media hora después, Álex estaba en una comisaría prestando declaración. Y para su desgracia, cuando le enseñaron varias fotos, había reconocido en una de ellas al hombre del arma. Entonces fue cuando se enteró de que era un jefe de la mafia. Por lo que, sin comerlo ni beberlo, se encontró con que era la única persona que le había visto cometiendo un asesinato, y por lo tanto, testigo clave en un juicio que se estaba preparando contra él.

Le habían puesto un par de policías que lo seguían a todas partes por si acaso, pero esa mañana habían aparecido aquellos dos hombres y se lo habían llevado en un coche hasta las oficinas del FBI. Le habían dicho que Arthur Payne sabía quién era y dónde vivía, y que lo iban a enviar lejos para que no lo encontrara.

Ahora entendía que su concepto de lejos y el de ellos no era el mismo. Para él, *Las Vegas* estaba lejos, o *San Francisco*... no *Alaska*. Aquello ya eran palabras mayores.

Apartó los papeles que le habían entregado, negando con la cabeza.

—No, esto debe ser un error —dijo—. ¿Qué tal *Hawaii*? ¿No puedo ir ahí? Seguro que el programa de protección de testigos funciona en un sitio con sol ¿no?

—No —fue la tajante respuesta de uno de ellos—. Ahí tienes toda tu documentación nueva, ¿alguna pregunta?

—¿Pero qué voy a hacer yo en *Alaska*? ¡No podré hacer surf!

—Ahí lo pone: médico de familia.

—¡Pero yo soy cirujano plástico!

—Eso implica haber estudiado medicina, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues ya está. Tenemos que irnos, o perderás tu avión.

Los dos agentes se levantaron. Álex pensó en formas de perder el tiempo para no llegar al aeropuerto a tiempo, pero ellos lo cogieron de los brazos y no hubo opciones: prácticamente lo arrastraron hasta un coche negro con cristales tintados. Y para su desgracia, subieron con él al avión.

Para cuando consiguió librarse de ellos, ya estaba en el aeropuerto de *Anchorage* y le habían subido sin ningún miramiento en una avioneta que parecía que iba a romperse en cualquier momento.

Estaba nevando, y el viento la sacudía como si fuera de papel. Así que diez minutos después, Álex estaba blanco y mareado como si se hubiera tomado cinco tequilas.

Sutton, Alaska. —3 °C, aguanieve.

Rylee Scott, sheriff de Sutton, y su ayudante, Simon Everett, esperaban a un lado de la pista de tierra a que aterrizara la avioneta. Caía una ligera aguanieve, pero estaban bien cubiertos con gruesos anoraks y las capuchas de piel cubriendo sus cabezas.

La avioneta aterrizó a trompicones, como siempre hacía. Su piloto, Yaneli, era un nativo de la zona que debería haberse jubilado al menos veinte años atrás, y no era conocido precisamente por su elegancia y suavidad en los vuelos. Pero era puntual, eso había que concedérselo.

Lo vieron bajar de un salto, con su habitual puro en la boca, y abrir la puerta de la cabina. Una bocanada de humo de tabaco salió, seguido por una figura que cayó al suelo.

—¡Ahí os lo dejo! —gritó, tirando a su lado una mochila.

Rylee le hizo un gesto de despedida con la mano. La figura se puso de rodillas, y empezó a vomitar. Rylee y Simon se miraron, asqueados, pero ninguno hizo ademán de acercarse. El piloto se estaba alejando por la pista, y no era cuestión de meterse en su camino. Simon entrecerró los ojos.

—¿Está en pantalones cortos?

La figura se había puesto de pie, tosiendo. Era un chico, y, efectivamente, llevaba pantalones cortos y camiseta. Rylee movió la cabeza, sin poder creerlo.

—¿Vamos a ayudarlo? —preguntó Simon.

—Coge una manta del jeep, habrá que intentar que no se congele.

El chico corrió al coche, buscó una y regresó junto a su jefa.

Mientras tanto, Álex había echado hasta su primera papilla. Rebuscó en la mochila hasta encontrar un pañuelo de papel medio mojado para poder limpiarse la boca, y miró a su alrededor. Localizó dos figuras acercándose hacia él.

«Genial», pensó. «Entrada triunfal, y rescatado por dos esquimales».

Se frotó los brazos, empezando temblar de frío, y esperó a que llegaran a su altura, preguntándose si hablarían su idioma.

Uno de ellos le echó una manta sobre los hombros y la cabeza.

—Vamos a llevarle a la cabaña directo.

Álex se giró hacia la voz, que para su sorpresa había sido femenina. Pero entre el anorak, la piel del gorro y el aguanieve, apenas si pudo distinguir unos ojos de un azul eléctrico.

Se dejó llevar hasta el coche, donde se sentó en el asiento trasero, temblando de manera incontrolable. Simon se puso al volante, arrancando con la calefacción a tope. Álex se inclinó entre los dos asientos, pero la chica se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—¿Calentarme las manos?

—Ponte el cinturón, entrarás en calor enseguida. —Mettió la mano en un bolsillo, y le pasó un paquete—. Y tóma-

te uno de estos.

Álex obedeció, aquel tono no daba lugar a réplica. Se abrochó mirando lo que le había dado, y comprobó que eran chicles. Pensó en protestar, pero se echó el aliento en la mano e hizo un gesto de asco. Se metió casi todo el paquete en la boca, satisfecho al notar el sabor a menta.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó.

—A un alojamiento designado —contestó ella.

—Se supone que tengo que hablar con el sheriff. Rylee Scott, ponía en los papeles.

—Soy yo.

—¿Eh? —Parpadeó sorprendido—. Pero eres una mujer, ¿no?

El chico reprimió una carcajada. Ella se giró, aún con el rostro medio oculto, pero estaba claro que su expresión no era nada amistosa. Álex se tapó todo lo que pudo con la manta, dándose cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Es que en *Los Ángeles* no hay mujeres? ¿Y cómo hacéis para reproduciros, por esporas?

Álex se hundió en el asiento, decidiendo callarse. Las horas de avión, el frío, el mareo... Estaba todo en su contra, si abría la boca seguro que diría alguna otra estupidez, así que optó por el silencio. Apoyó la cabeza en el cristal, cerrando los ojos, y se quedó medio dormido.

Un portazo lo sacó de su modorra. Se incorporó asustado, pensando que era un tiro, hasta que se dio cuenta de donde estaba. Le abrieron la puerta, y una ráfaga de aire frío lo espabiló.

«Casi hubiera preferido el tiro», pensó.

Suspiró y bajó del jeep, pero se quedó parado al ver lo que había frente a él: una cabaña de troncos. Miró a su alrededor, pero no había ningún edificio más cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿Es una pregunta en serio? —dijo Rylee.

—Sé qué es una cabaña. Lo que quiero saber es qué hacemos aquí.

—Vas a vivir aquí —Ese fue el chico, que le palmeó el hombro alegremente—. Ya verás, por dentro está muy bien. Por cierto, soy Simon.

—Alexander Green —contestó él, por inercia.

—Aquí no —replicó Rylee, rápidamente—. ¿No te has mirado los papeles? Doctor Álex Madison, ¿recuerdas?

Él afirmó con la cabeza, fastidiado. Por supuesto que lo recordaba, tendría que tener más cuidado.

Los siguió al interior sin muchos ánimos, pero al traspasar la puerta se sorprendió de forma grata. Parecía un refugio de montaña de esos que estaban de moda últimamente. Muebles antiguos, pero en buen estado. Toda la planta baja era abierta, con una isla separando la cocina del salón, donde una chimenea encendida había caldeado el ambiente. Se acercó veloz a ella, extendiendo las manos.

—Mañana te pondremos al día —dijo Rylee—. Creo que por hoy ya has tenido suficiente.

Álex se giró, arrimándose más a la chimenea y mirándolos. Los dos se habían quitado las capuchas. Simon parecía más joven que él, era de pelo castaño claro y ojos verdes. Si hubiera estado un poco más moreno, podría haber pasado por uno de sus amigos surfistas.

Rylee estaba de espaldas, mirando el contenido de la nevera, así que solo pudo ver una trenza pelirroja.

—Bueno, para la cena y el desayuno tienes bastante —dijo ella.

Se dio la vuelta. Álex se sorprendió. Había esperado que fuera mayor, pero no parecía tener muchos más años que él. Tenía la piel muy blanca, con pecas por las mejillas... y probablemente, si no tuviera esa expresión tan seria, sería hasta atractiva. Las mujeres eran su punto fuerte, pero con esa no tenía muy claro cómo actuar.

Frunció el ceño, notando un olor extraño. Miró a su alrededor, y de pronto se encontró tumbado en el suelo, con ella encima golpeándolo con un cojín.

—¡Pero qué haces, loca!

—¡Estate quieto, hombre! —Ella volvió a sacudirlo—. ¿No has notado que se te estaba quemando la manta?

Se levantó, tirándole el cojín a la cara. Él se quedó tumbado abrazándolo, intentando recuperar la respiración. Tantas emociones iban a acabar con su corazón, que latía a toda velocidad.

—Te dejo ahí un móvil —informó ella—. Está bloqueado, solo puedes llamarme a mí, por si necesitas algo. Tienes el número grabado. Vendré a buscarte a las siete, ¿de acuerdo?

—¿A las siete? ¿De la mañana? ¿A qué viene tanta prisa?

Para él, la mayoría de los días aquella era su hora de acostarse, no de levantarse.

Simon se acercó a ella, para hablar en voz baja.

—Déjale dormir un poco, parece agotado.

Rylee suspiró fastidiada, pero afirmó con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Las ocho, ¿le parece bien a su majestad?

Álex ya estaba medio dormido, tapado con la manta hasta las cejas y abrazado al cojín, y solo hizo un gesto vago con la mano.

Simon dejó las llaves de la cabaña junto al móvil, y se marcharon al jeep. Ya no caía aguanieve, pero estaba oscureciendo y la temperatura había bajado varios grados más.

—¿Quieres pasar a tomar algo por el bar de tu hermano? —preguntó él, arrancando el motor.

—No, prefiero ir directa a casa. Ya he tenido suficientes emociones por un día con el elemento este, gracias.

—¿Tú crees que se adaptará? ¿Cuánto tiempo se supone que va a estar?

—No lo saben fijo. Tienen que detener al tal Payne, está desaparecido... Así que pueden ser semanas o meses. Hablaré con él para que tenga bien claro lo que tiene que hacer, no me fío de que no se haga un *selfie* y lo publique en alguna web social, tiene toda la pinta de ser un despreocupado.

—Bueno, tampoco es que le hayamos podido ver muy bien. ¡Ahí va!

—¿Qué?

—Estoy pensando... no sé si había ropa en la cabaña.

—Algo hay en los armarios de arriba, que se apañe con eso. Tampoco es que le haga falta mucho, jerseys, pantalos-

nes y ya está, como todo el mundo.

Simon no replicó a eso, aunque no estuviera del todo de acuerdo. Conocía a su jefa, y sabía de sobra que no le interesaba la moda en absoluto. De hecho, si hacía memoria, nunca la había visto con otra cosa que no fueran pantalones, en su mayoría vaqueros, y jerseys de cuello vuelto. En verano, si hacía buena temperatura, jersey fino. Botas de monte o de nieve, y eso era todo.

Rylee sacó el expediente que le habían enviado, rele-yéndolo de nuevo. No había foto, pero con la descripción y su historial le valía para haberse hecho una idea. Ella era una persona práctica, que iba directa al grano. Eso implicaba que la gente que no la conocía solía pensar que era un poco borde, pero a ella le daba igual: no le gustaba perder el tiempo con tonterías. Su intuición tampoco solía fallarle, y ya preveía que aquel chico no iba a ser el modelo de testigo protegido. Hablaría con él por la mañana para dejar las cosas bien claras desde el principio, aquello no era una guardería para niños de veintiséis años que no habían dado un palo al agua en su vida.

Simon detuvo el coche frente a la casa de Rylee.

—Mañana vete directamente a comisaría —dijo ella—. Yo me encargaré del doctorcito, iré en mi coche.

—De acuerdo, hablamos si ocurre algo.

—Sí, bueno, eso lo dudo bastante. Hasta mañana.

Era extremadamente inusual que ocurriera algo en *Sutton*. Alguna disputa vecinal, quizá un alce en un jardín... pero poco más. Ni siquiera los turistas que de vez en cuando se pasaban por allí para hacer *treetking* por el glaciar o pescar solían dar problemas. El frío era un buen revulsivo contra el crimen, parecía.

Bajó del jeep y Simon se marchó. Rylee sacó las llaves, pero antes de que abriera la puerta, llegó un coche y se paró junto a la acera. Lo miró extrañada, era un taxi de *Anchorage*, según ponía en la matrícula.

El conductor se bajó para sacar una maleta de la parte de atrás. Una chica bajó también, cogió la maleta y le pagó. Cuando el taxi se hubo marchado, Rylee pudo ver quién era a la luz de una farola y se sorprendió.

—¿Lena?

—Hola, cuñada.

Se quedó pasmada y sin poder creer lo que veían sus ojos. Hacía más de seis meses que no veía a Lena, que antaño había sido su mejor amiga desde la infancia, y que de paso era la mujer, o ex mujer, o lo que fuera en aquel momento de su hermano... porque no tenía claro en qué punto se encontraban.

—Lena —repitió, con un tono más próximo al horror que a la alegría.

—Menudo recibimiento —replicó ella, acercándose.

No era que no se alegrara de su presencia, pero el hecho de que estuviera en su piso con una maleta le producía una inquietud tremenda. A pesar de su primer comentario, Lena le dio un abrazo con una sonrisa; finalmente, Rylee respondió a su gesto y esbozó otra, alejándose un poco para echarle un vistazo. Tenía buena pinta, pero eso no era nada nuevo. Lena era lo opuesto a ella. También a su hermano Brian... en realidad, era lo opuesto a casi todo el mundo.

—¿Vienes de visita? —preguntó esperanzada.